
Cultura criolla y migración en la Ciénega de Chapala*

Brigitte B. de Lameiras
El Colegio de Michoacán

Si se transforman los modos de subsistencia de una población, supuestamente ésta transforma su cultura. La adaptación a situaciones nuevas implica una reorientación de las actividades cotidianas que tienen que ponerse a prueba, aprenderse y convertirse en una práctica social. De ello resultan creaciones culturales distintas a las anteriores. Los portadores de la cultura y los actores de sus cambios cuentan con determinados elementos demográficos característicos de su sociedad y pueden desarrollar conductas tendientes a alterarlos cuantitativamente, ya sea interviniendo en los procesos físico-biológicos, ya sea buscando una redistribución espacial de sus miembros. Ambas estrategias están vinculadas a procesos ideológicos y a formas de socialización y de control que regulan la conducta de los individuos. Las características demográficas de la población juegan también un papel activo y determinante en los procesos de cambio y de adaptación.

*Versión corregida de la ponencia presentada en el Seminario "Historia Antropológica de América" en el Colegio de Michoacán.

Este trabajo es una presentación de apreciaciones preliminares de la encuesta "Agricultura y migración en la Ciénega de Chapala" realizada con el apoyo de la Asociación Mexicana de Población, A.C.

En este trabajo voy a referir en forma general los cambios que desde principios de este siglo se han verificado en las formas de obtención de la subsistencia de la población de la Ciénega de Chapala. Después voy a tratar de caracterizar a esta población de acuerdo con las estrategias desarrolladas para sobrevivir actualmente, de las cuales resulta su distribución territorial y composición familiar. Para comprender su cultura uno de los factores diagnósticos es la praxis social de la migración, que forma ya parte de la vida cotidiana y que es la principal causante de la composición de los grupos humanos en los distintos lugares en lo que concierne a la edad, al sexo, a su diferenciación económica y a su capacitación para la obtención de satisfactores. La forma en que se realiza la migración en la Ciénega de Chapala va a coincidir con la de otras muchas regiones de México y va a presentar también sus particularidades.

La información necesaria para la elaboración de este trabajo proviene de trabajo de campo antropológico realizado en la región, el cual dio las bases para la elaboración de una encuesta aplicada en tres cabeceras municipales de la Ciénega de Chapala, cuyos habitantes se dedican primordialmente a la agricultura. Estos tres poblados son Venustiano Carranza (antes San Pedro Caro), Pajacuarán e Ixtlán de los Hervores. La encuesta se aplicó en el verano de 1983 y las preguntas que contiene están referidas a las condiciones del trabajo agrícola y a la migración.

Voy a presentar aquí sólo resultados preliminares basados en una apreciación cualitativa de la información contenida en los cuestionarios. Por causas ajenas a mi control no dispongo aún de los datos cuantificados para poder presentar el resultado de su análisis. Pienso que algunos elementos que ya pueden detectarse son bastante sugerentes.

La inquietud por este trabajo surgió de los estudios de los sistemas agrícolas del valle de México y de su vinculación con el desarrollo del Estado. Los recorridos de campo descubrieron que hoy en día existen cerros pelones donde antes había cultivos en terrazas y banales y, donde ahora se extienden llanuras salitrosas cubiertas de zacatales y de grama, antes había chinampas. Estos terrenos invitan a la invasión urbana y prevee los solares que se saturarán de viviendas precarias.

El crecimiento de la ciudad de México está en pleno proceso de seguir causando la destrucción de sistemas de producción agrícola antiguos y recientes. Así sucede en la mayoría de las ciudades de México. En los pocos manchones cercanos a la capital, donde aún existen chinampas, durante la noche llegan los camiones de volteo a descargar cascajo y escombro en los canales para invadir con calles y casas esas tierras.

Dos problemas fundamentales se plantearon para continuar la investigación, refiriéndola a la situación actual de México: primero, el uso o mal uso de los recursos agua y tierra en la agricultura para el mantenimiento humano y, segundo, la formación y proliferación de grupos sociales que están destruyendo estos recursos.

El fenómeno se presenta más evidente en la zona metropolitana de México y en el valle que la alberga. Sería más urgente el análisis de los efectos de estas actividades en otra región del país, sobre todo allí donde es notoria la dependencia de recursos ácueos originados en el altiplano central y consumidos por la sed urbana. Además, se escogería una región con fuerte expulsión de población hacia la capital.

En el Colegio de Michoacán se presentó la oportunidad de estudiar una región, la de la Ciénaga de Chapala, en la cuenca del río Lerma, muy afectada por fenómenos de urbanización y de modernización agrícola. La Asociación Mexicana de Población, A.C., hizo posible con su apoyo económico que se diseñara y aplicara la encuesta.

El Lerma es el más largo de los ríos mexicanos. A diferencia de otros que, como él, se originan en las más altas montañas del centro del país, busca su salida al mar sin encontrar el paso a través de la sierra Madre occidental hasta muy al noroccidente de su nacimiento. Durante miles y millones de años fue azolvando las grietas entre las montañas de formación volcánica y formando vasos lacustres, dando origen a grandes extensiones de suelo aluvial cubierto por agua. Los lagos eran escalonados, es decir, el agua sobrante de uno vertía al otro. De los últimos recipientes de esta naturaleza es el lago de Chapala; el río, cambiando su nombre al de Santiago, se encajona poco después en profundas barrancas para volver a aparecer manso y regar las llanuras costeras de Na-

yarit. La Ciénaga de Chapala, que una vez formó parte del gran lago, fue la elegida para describir las transformaciones agrícolas y los procesos demográficos en el curso de este siglo.

Desde la época colonial el hombre intentó desalojar el agua de los lagos por el difícil control que significaba para la vida de los pueblos ribereños la fluctuación anual de sus niveles. Frecuentemente las inundaciones o las sequías tenían consecuencias desastrosas. La solución inmediata siempre fue la de eliminar el agua.

A principios de este siglo por fin se logró la empresa. El agua del valle de México comenzó a correr hacia el mar al abrirse el tajo de Huehuetoca y sucesivamente la mayoría de los lagos de la cuenca del Lerma han sido desecados.

La Ciénaga de Chapala forma parte de este proceso. La desecación se inició con la construcción del vallado de Cuesta o dique de Maltaraña, que fue un proyecto realizado por los hacendados y empresarios de la región de Jalisco y Michoacán durante la época porfiriana y que cercenó al lago de Chapala una superficie de alrededor de 50,000 hectáreas.

Hacia finales del siglo XIX y principios del XX los hacendados habían logrado ya, mediante la utilización de tecnologías modernas, aumentar las áreas de cultivo e intensificar la producción agrícola, de manera que la región era abastecedora de granos de Guadalajara y México y de otras muchas ciudades del país. Además, seguía abasteciendo de productos ganaderos y de animales de trabajo a zonas tan alejadas como el centro del país y los pueblos mineros. A Monterrey, a Zacatecas, a todo el Bajío, a Sonora y Guadalajara llegaban las mulas, los caballos y los bueyes criados en la Ciénaga de Chapala.

La producción del campo se vio estimulada con la introducción del ferrocarril, que permitió desalojar las cosechas con mayor eficiencia y rapidez. El telégrafo permitió una pronta comunicación para transmitir los pedidos y situar las órdenes de embarque.

El ferrocarril también transportó los primeros arados y las primeras trilladoras mecánicas que entraron a la Ciénaga. Asimismo llegaron sofisticadas máquinas de bombeo movidas por vapor, electricidad o petróleo, que permitieron desalojar el agua de tierras cenagosas y abrirlas al cultivo.

Se construyeron bordos y se crearon sistemas agrícolas que utilizaban las inundaciones periódicas para fertilizar la tierra aumentándola en extensión y en productividad.

La población de la Ciénaga de Chapala estaba en su mayoría vinculada a las haciendas en una relación laboral que recibía el nombre de mediería. En realidad se trataba de trabajo asalariado. Los labradores participaban organizados en cuadrillas en diversas labores del campo y en la ganadería y recibían a cambio un salario en dinero y en maíz que no guardaba ninguna proporción con el monto del producto cosechado ni con el tamaño de la parcela adquirida por contrato de mediería. Esta situación era idéntica para los ecuareros, es decir, los labradores que cultivaban las milpas en el cerro.

Había todavía comunidades indígenas en Jiquilpan, Sahuayo, San Pedro Caro (hoy Venustiano Carranza), Pajacuarán e Ixtlán que poseían recursos en la laguna: derechos de pesca, tulares, zacatales. Sus tierras agrícolas se habían visto mermadas por el despojo de las haciendas. Se dedicaban también a las artesanías y a determinados oficios, así como al comercio lacustre entre los poblados y las haciendas ribereñas. Algunos de sus productos viajaban largas distancias para abastecer a otras poblaciones indígenas cercanas y lejanas.

Una población negra, numéricamente minoritaria, estaba sobre todo vinculada a la hacienda cañera de Guaracha.

La mayoría de los habitantes de la Ciénaga eran los medieros, de los que hablamos anteriormente, que se distinguían y se siguen distinguiendo por su identidad criolla. Fueron en su origen, probablemente, campesinos inmigrados de Europa durante la época colonial, que no vinieron como conquistadores, sino como trabajadores de los españoles propietarios a las regiones donde la población indígena había sido menos abundante o había sufrido mayormente el exterminio de la conquista. Estos criollos, aunque se hayan mezclado con indios, concientemente se distinguen de éstos. Nunca fueron comuneros ni practicaron las costumbres y formas de organización que se derivan de la propiedad comunal.

La población trabajadora sufrió la presión de los procesos de modernización durante la época porfiriana. Esta se expresó en la disminución en la demanda de mano de obra y

en una alza constante de los precios de los alimentos y de las mercancías. Los salarios permanecían bajos.

Surgieron, entonces, las primeras organizaciones laborales de los trabajadores agrícolas, los sindicatos, cuyas principales demandas se referían a incrementos salariales. Para poder subsistir la familia completa del mediero —hombres, mujeres y niños— tenía que trabajar para la hacienda.

El que era despedido en una hacienda no conseguía empleo en otra. Los que no sobrevivían, los que no cumplían con la faena, los que expresaron su descontento e inconformidad y fueron identificados, no tuvieron otra opción que la de emigrar.

En los Estados Unidos en aquel entonces sucedía un proceso paralelo de modernización. La mano de obra mexicana y con ella la cenaguense tuvo buena acogida en aquel país en la construcción del ferrocarril —que comunicaría de cabo a rabo a todo el país—, en el tendido de los cables telegráfico y telefónico, en la implementación de grandes sistemas hidráulicos, en la edificación de nuevas ciudades y colonias.

Aquí, en tanto, las luchas laborales continuaban y con el movimiento de revolución surgió una nueva demanda: la tierra. Los primeros solicitantes fueron los miembros de las comunidades indígenas, que pedían la restitución de tierras perdidas con anterioridad y reclamando derechos sobre los terrenos de cultivo creados en las antiguas ciénagas, cuyos recursos habían usufructuado comunalmente. El acceso a la pesca, a los cotos de caza lacustre, a tulares, carrizales y zacatales se veía seriamente amenazado. En San Pedro Caro se dio la primera dotación ejidal en 1922.

Las primeras asociaciones de agraristas surgieron en la década de los veinte; fueron organizadas por ingenieros que venían desde Morelia y desde México, cuya tarea era medir y deslindar las tierras afectables. Su labor la realizaban clandestinamente, cuando no lograban la necesaria protección oficial militar, con la ayuda de los pequeños grupos de agraristas armados. Muchos de ellos murieron a manos de la acordada de las haciendas.

A través de los curas de la región los hacendados difundieron una imagen negra del agrarismo, de modo que sus adeptos tuvieron que enfrentar el rechazo de sus propias familias y comunidades.

El reparto agrario se realizó en los años treinta. Fue organizado por los gobiernos de Lázaro Cárdenas en sus gestiones como gobernador de Michoacán y después como presidente de la República. Es la década en la que los hacendados perdieron definitivamente las tierras y abandonaron la región.

Una de las últimas haciendas afectadas fue la de Guarcha, cuyo propietario Manuel Moreno había realizado importantes obras hidráulicas después de la inundación de 1935. Por sus lazos de parentesco y amistad con Plutarco Elías Calles pensó que su empresa sobreviviría a los acontecimientos de la época. Poco después, con una espléndida cosecha en pie, su hacienda fue invadida y la tierra repartida.

El reparto agrario se realizó bajo condiciones de presión demográfica causadas por el retorno masivo de migrantes a raíz de la crisis económica de 1929 en los Estados Unidos. De cualquier manera, eran aún pocos los solicitantes de tierras. El control ideológico que había establecido el clero en la región era efectivo y la amenaza del antiagrarismo armado de los terratenientes eran una realidad.

Las primeras parcelas repartidas fueron muy grandes. No estaba reglamentado su tamaño en lo que correspondía a cada usuario y hubo campesinos que recibieron hasta quince hectáreas de ciénaga. Antes de abandonar sus propiedades los hacendados destruyeron los instrumentos de trabajo; no había aperos para realizar las labores agrícolas.

El cambio en las formas de tenencia de la tierra acarrió un profundo cambio en los sistemas de producción agrícola en la región. Si la hacienda había combinado los cultivos intensivos en tierras bien dotadas de riego y fertilidad con la ganadería extensiva en las zonas de pastizales de recreación estacional natural, el parcelamiento supuso, entonces, que cada fracción se destinaría, en primer lugar, a los cultivos de subsistencia de la familia campesina. No sucedió así.

Las mejores tierras para la agricultura, que contaban con la mayor inversión en infraestructura, quedaron dentro del régimen de la pequeña propiedad, o bien, en manos de los más allegados a los antiguos terratenientes que se sumaron a las listas de solicitantes de tierras y que, por su red de relaciones, resultaron favorecidos.

La mayor parte de la ciénaga fraccionada había estado destinada a la ganadería, su superficie estaba cubierta de zacate que los nuevos ejidatarios tuvieron que arrancar con las manos para poder surcar y sembrar.

Fue una época de hambre y de mucho trabajo en la Ciénaga de Chapala. Las condiciones para sobrevivir del producto de la tierra fueron poco favorables. Para acceder a un animal de trabajo, a un arado, a una pala, a un azadón, a la semilla misma, sólo se podía acudir al prestamista, al usurero, al acaparador de granos, al dueño del molino que, amparado por el agrarismo y el régimen revolucionario, estuvo presto para convertirse en la nueva clase dominante en el campo.

Durante esta época fueron eliminados casi todos los antiguos líderes agraristas. Los que realizaron la reforma agraria a pesar de la voluntad del labrador de la tierra seleccionaron a un puñado de propensos incondicionales para convertirlos en caciques, allanándoles el camino del enriquecimiento mediante el cobro de una renta desproporcionada sobre el producto del trabajo (Cfr. John Gledhill, 1979, manuscrito inédito). La tierra fue el gancho por el cual los campesinos perdieron el poder de decisión sobre la forma de explotarla.

La garantía del endeudamiento fue la tierra o su usufructo. Ante una situación jurídica más ideológica que adecuada a la realidad el traspaso significó la anuencia por ambas partes con el acto ilegal. La venta por la zafra (renta de la parcela durante un ciclo de cultivo), o por dos zafras, o por tres o más, la renta a la cuarta o a medias, la venta de la cosecha en pie, la venta directa, se convirtieron en cosa común. Por lo demás, resultó más redituable controlar la cosecha **que la tierra y la producción completa** —con todos los riesgos **que implica**—, más aún, cuando el Estado se hizo cargo de la **infraestructura** hidráulica y del financiamiento de los cultivos.

Antes de que esto sucediera muchos de los ejidatarios de nuevo cuño no soportaron la carga de los compromisos contraídos con los prestamistas, dejaron la tierra y migraron. La mayoría de los hijos jóvenes y muchos adultos jefes de familia se contrataron en los programas braceros que los llevaron a los Estados Unidos. Esta fue la época en que se estable-

cieron los principales anclajes en aquel país: el conocimiento de las relaciones de trabajo, la relación con empleadores, la legalización de la calidad migratoria, el establecimiento definitivo de algunos migrantes y su posterior reproducción familiar como mexicano-norteamericanos, fueron las condiciones que se lograron entonces para ampliar el territorio de los cenaguenses y permitir los movimientos y flujos de trashumancia que los caracterizan en la actualidad.

El reparto de la tierra, sin embargo, no cesó. En sucesivas ampliaciones las parcelas fueron reduciéndose en tamaño. Los antiguos renuentes al enlistamiento, la numerosa prole, todos reclamaron y reclaman tierra. Por ley quedó establecido que a cada usuario pueden corresponder hasta cuatro hectáreas de riego y ocho de temporal. De acuerdo con los catastros oficiales le toca a cada ejidatario un promedio de dos hectáreas y media en la superficie que comprende el distrito de riego.

La gran mayoría de los ejidatarios posee superficies que fluctúan entre media y una y media hectáreas. Los hay también que tienen parcelas del tamaño ideal legal, alrededor de cuatro hectáreas. Las tierras de esta población son las que se cultivan bajo la dependencia de los programas del banco oficial y las que se destinan a granos que va a absorber la industria, vgr. el sorgo y el cártamo. Este régimen de cultivos no permite la sobrevivencia de la familia del ejidatario del producto de la tierra. Si sumamos a esta población el creciente número de individuos y familias que no tienen ninguna tierra y cuyo único medio de producción es su trabajo, sujeto a un salario mínimo pocas veces obtenido e insuficiente para el mantenimiento, vemos que es la necesidad económica la que obliga a la mayoría cenaguense a buscar ingresos fuera de la región.

Los billetes verdes que los migrantes obtuvieron allende la frontera fueron frecuentemente el medio para hacerse de tierras y aperos de labranza para aquéllos que supieron combinar este recurso con las buenas relaciones con las agencias del Estado y las autoridades ejidales. Así se formó un estrato de campesinos medios que controlan una cantidad de tierra suficiente para poder vivir de la venta de sus cosechas —unas diez o quince hectáreas—, que maquilan con sus tractores,

truncos, trilladoras, etc., las tierras de otros y cuyos recursos de capital les permiten operar en forma independiente. Estos agricultores no migran bajo el imperativo de la pobreza; lo hacen para incrementar o reponer sus medios de producción o sus bienes de prestigio. Sus hijos abandonan el pueblo para obtener en centros urbanos mayores las credenciales necesarias para el ejercicio profesional y engrosar posteriormente a las clases medias de las ciudades.

Los antiguos hacendados pudieron quedarse hasta con cien hectáreas de riego, pero la gran mayoría de ellos desapareció de la región por venta de sus tierras. Los compradores fueron casi siempre funcionarios de las agencias del Estado que intervinieron en la región para organizar la producción. A través de estas compras y de otras formas de control de la tierra pueden llegar a cosechar el producto de hasta unas 300 hectáreas de superficie irrigada.

Algunos de estos latifundistas en pequeño son miembros de la élite ejidal; sus congéneres en esta categoría, sin embargo, comenzaron a acaparar tierras sumando parcela por parcela de usuarios que en algún momento se vieron en una situación precaria para cumplir con el requisito de no dejar ocioso el terreno. Ocasionalmente también tuvieron oportunidad de expandir sus posesiones por compra a las superficies de pequeña propiedad. El cargo público les permite también concentrar dotaciones de riego, permisos especiales para siembra y créditos para aperos, semillas, fertilizantes, etc., que, destinados al ejido, desvían hacia sus propias empresas.

En varias subzonas de la Ciénaga de Chapala la decisión sobre los ciclos de cultivo está predominantemente en las manos de comerciantes mayoristas de los mercados urbanos, particularmente el de Zamora. Dueños de los medios de transporte y de grandes bodegas de almacenamiento, contratan y refaccionan las siembras a cambio de las cosechas enteras.

El proceso de diferenciación social que se manifiesta en la actualidad se inició, entonces, durante los años del reparto agrario. En la década de los cincuenta comenzó la modernización en todos los ámbitos del proceso productivo agrícola. El manejo de los recursos necesarios para el trabajo en el

campo quedó en manos del Estado, quien dispuso las formas de tenencia, se hizo cargo de la infraestructura hidráulica y a través del instrumento del crédito dispuso todos los demás insumos: los instrumentos de trabajo, la semilla, los fertilizantes, los plaguicidas. Sus agencias se hicieron presentes en la región y sus agentes se encargaron de organizar la producción. Fueron personas concretas las que accedieron a los cargos públicos a través de su vinculación con funcionarios estatales y nacionales. El acaparamiento del oficio público, desde el ámbito ejidal de la comunidad hasta el de las oficinas de alcance regional, fue concomitante con el acaparamiento de los recursos.

En el régimen de economía mixta que priva en México, si bien alguna empresa de las que transforman o distribuyen la producción agrícola de la Ciénaga es de propiedad colectiva o estatal, los beneficios han sido para los agroindustriales, los comerciantes y los transportistas privados. Las personas de éstos bien pueden coincidir con las de los funcionarios.

En la década de los sesenta se estableció definitivamente la nueva forma de explotación de la tierra. Los instrumentos más importantes en la creación del divorcio entre el ejidatario y sus recursos fueron el crédito a través de la banca estatal y la manipulación de la red hidráulica a través de la Secretaría de Recursos Hidráulicos, ahora también de Agricultura.

El “paquete tecnológico” importado e introducido a la región consistió de fertilizantes, semilla mejorada, insecticidas, fungicidas, herbicidas y otros plaguicidas, todos de origen industrial, y vino acompañado de tractores, trilladoras, bombas, vehículos automotores y otras provisiones de la grande industria nacional, internacional y transnacional.

Los productos del campo también cambiaron de destinatario. No se trató más de abastecer de alimentos a la región y de exportar los sobrantes. Los nuevos consumidores serían, en primer lugar, los habitantes de las ciudades —donde se ubicaron las industrias— y, como intermediarios, los fabricantes de alimentos industrializados. Una mínima parte de la cosecha es destinada a la exportación para equilibrar un poco el adeudo contraído por la importación de tecnología.

En el paisaje agrícola de la Ciénaga de Chapala fueron

desplazados durante el ciclo de verano el maíz y el frijol por el sorgo y, durante el ciclo de invierno, el trigo por el cártamo. Año con año se aprecia una disminución en el volumen de las cosechas y en las hectáreas destinadas a su cultivo de los primeros en favor de los segundos.

En las tierras mejor dotadas de riego, cuyos poseedores cuentan con mayores recursos de capital, se siembran hortalizas y, recientemente, fresas. Estos cultivos permiten mayores márgenes de ganancia y, también, absorben más mano de obra que los granos.

La introducción de la fresa abrió el camino al trabajo femenino en el campo, que antes le estaba vedado culturalmente. Ahora no sólo se emplean mujeres y niños en la cosecha de la fresa, ya no es mal visto que ellas laboren también en la del jitomate, la cebolla, el chile, la papa, el pepino. Incluso se les ve activas en la preparación del terreno. A diferencia del valle de Zamora, donde el cultivo de la fresa y de hortalizas atrae grandes contingentes de trabajadores migratorios, sobre todo de la meseta tarasca, en la Ciénega la mano de obra es local y, fuera de la operación de maquinaria y de los trabajos más pesados, tiene esa característica: femenina e infantil. Un hombre tiene que estar muy necesitado para prestarse a trabajar en la cosecha de la fresa y la realización de las demás labores representa para él cada vez un prestigio menor.

La mano de obra masculina es desplazada sistemáticamente por la máquina, mientras que su valor social es mayor si es remunerada con dólares.

A manera de ilustración baste observar un día de trilla de sorgo, cártamo, maíz o trigo con una enorme máquina de marca John Deere, Massey Ferguson o International Harvester, de aquellas que introdujo el Sistema Alimentario Mexicano hacia 1980, que fueron diseñadas para cosechar en las extensas sabanas y estepas de los países nórdicos. Un operador, desde la cabina, se encarga de recorrer una a una las pequeñas parcelas con aquel armatoste y de hacerlo descargar el grano cada vez en el camión que lo conducirá a la bodega de la CONASUPO, a las de los acaparadores de La Barca, a las de los fabricantes de forrajes de la Piedad o a la del molino de Jacona. Este ocupa a un chofer y a un machete-

ro. Se pesa el grano que se cosechó en cada parcela y el poseedor se entera del monto que podrá cobrar por su venta. Veinte o treinta ejidatarios esperan pasivos su turno, si no se cuantifica el consumo de aguardiente que realizan, mientras tres hombres trabajan.

La redistribución de las labores agrícolas por sexo y por edad juega un papel importante en la nueva organización de la familia y, sobre todo, va a marcar muchas de las posibilidades y pautas de la migración. La participación del trabajo femenino aunque mal remunerado, permitirá en muchos casos que la familia sobreviva mientras el hombre se encuentra ausente.

Hasta aquí me referí en forma general a los cambios que han sufrido las formas de producción agrícola y de obtención de la subsistencia en la Ciénaga de Chapala. Quiero hacer hincapié en el hecho de que las decisiones sobre la utilización de los recursos en todo este proceso han estado siempre fuera de la región. La población campesina ha tenido poco o nada que ver con el reparto de la tierra, la selección de los cultígenos, la tecnología a emplear, el destino final de sus productos. Los más cercanos a estas tomas de decisiones sólo han intervenido como agentes en la introducción e implementación de las disposiciones.

¿Cuál ha sido la respuesta de la población de la Ciénaga de Chapala para adaptarse y para subsistir frente a estos procesos que inciden en su ámbito vital? ¿Ante la transformación de su medio natural y social, cómo ha transformado su cultura, sobre todo su cultura demográfica?

Para comprender esta nueva cultura uno de los factores *diagnósticos* es la *praxis social* que ha desarrollado esta población de la *migración*. La trashumancia forma parte de la vida cotidiana de la gente de la Ciénaga de Chapala y la supervivencia se practica en un territorio mucho más amplio que la región original. *La forma en que se realiza va a coincidir con la de otras muchas regiones de México y va a presentar también sus particularidades.* Seguramente puede insertarse dentro de un patrón migratorio del centro y occidente de México. Probablemente, contando con la información pertinente, puedan trazarse en un mapa círculos que marcan los territorios de trashumancia de cada uno de los grupos, que en ocasiones se traslapan, en otras convergen.

La población de la Ciénaga de Chapala, de acuerdo con los datos arrojados por la encuesta aplicada en tres cabecezas municipales mencionadas al principio de este trabajo, ocupa un territorio consistente del pueblo de origen y de puntos establecidos entre los cuales se realiza el movimiento migratorio. La propia Ciénaga es el punto de partida original.

Un círculo de ciudades rodea a la región y va a servir de estación para los que van a aventurarse más lejos. La parte oriental de la Ciénaga se inclina más hacia Zamora, los campesinos occidentales prefieren Sahuayo, La Barca y Ocotlán. Siempre con tendencia hacia la ciudad, más allá se localizan dos puntos importantes de destino: Guadalajara y México. Morelia no ha sido escogido como nicho para asentarse o como estación en el camino.

En las dos metrópolis la población cenaguense se localiza preferentemente en colonias nuevas; son contados los que se instalan en sus centros o en barrios antiguos. Es decir, habita sobre todo en los fraccionamientos de lotificación minúscula y casitas en serie que han hecho crecer a estas dos ciudades en los últimos treinta años. Los hay también y bastante numerosos en colonias que se crearon originalmente por invasión.

Los siguientes puntos importantes por la cantidad de cenaguenses que albergan o que los frecuentan son el sur de la ciudad de Los Angeles y el valle de San Joaquín en California.

Mucho menos importantes en términos cuantitativos son puntos mexicanos de la frontera norte y una multitud de lugares dispersos tanto en México como en los Estados Unidos.

La migración en México es predominantemente un movimiento de urbanización.

En las ciudades que circundan a la Ciénega son importantes los profesionistas originarios del campo relacionados con la salud, como son médicos, farmacéuticos, empleados de hospitales, que van a atender a gente de su mismo origen o similar que ha acudido a la ciudad para instalar pequeñas empresas —sobre todo mercantiles— o para trabajar en ellas como asalariados. Los propios paisanos serán quienes demanden consulta, tratamiento, medicamentos, muebles, ro-

pa, zapatos, hasta paletas heladas y la compostura del coche, de la televisión, del refrigerador, a sus migrantes ya instalados en la ciudad.

Ocotlán es el único centro que ofrece a la región un número reducido de plazas como obreros industriales.

En Guadalajara se da también el fenómeno de la pequeña empresa; al igual que México abre su mercado laboral a las fábricas y a los servicios. Allá los cenaguenses optan también por otras profesiones: ingeniería, química, administración, contaduría.

Sorprendentemente, entre la gente de la Ciénaga de Chapala hay pocos maestros, pocos sacerdotes, pocas monjas, pocos soldados, que serían trasladados por disposición de sus respectivas instituciones.

Entre la población que se queda, además de la agricultura, una opción importante es el trabajo en las agencias de gobierno, desde los empleos que proveen los ayuntamientos, hasta los de las secretarías que tienen que ver con el campo, los bancos y las agencias que prestan servicios de salud y comunicación. Según la posición en la escala de estratificación social del migrante y su acceso a la capacitación, obtendrá cargos bien remunerados o que le permitan disponer de recursos públicos, o bien, engrosará las filas de los peones asalariados que rara vez perciben el mínimo establecido y que carecen de toda seguridad laboral.

La migración a los Estados Unidos va a ser preponderantemente a la agricultura. Sólo una larga experiencia migratoria o el pertenecer ya a generaciones producto de la migración van a abrir alternativas en las industrias, en los servicios, en las profesiones o en la burocracia.

El trabajo en los Estados Unidos tiene varias características que van a ser importantes.

En primer lugar, el papel que juega la frontera que, vale la pena subrayar, como obstáculo no parece existir. Su existencia es fundamentalmente de carácter económico, es un obstáculo económico que, sin embargo, vale la pena enfrentar porque se compensa por la diferencia fundamental que marca en el valor monetario del trabajo. Este valor monetario se convierte en un valor social: allá vale la pena trabajar, acá no.

En segundo lugar, la frontera marca una diferencia en el acceso a los empleos más remunerativos por la calidad migratoria del trabajador. La estabilidad laboral, el derecho a prestaciones, la seguridad física del mismo migrante, se obtienen con los documentos que legalizan su situación, entre los cuales la ciudadanía norteamericana es el más satisfactorio. Un migrante legalmente establecido puede, además, facilitar la entrada, la estancia y el empleo a muchos más, de modo que el logro de esta situación se convierte también en un valor social.

Si en una época la calidad migratoria satisfactoria se obtenía con relativa facilidad, fueron las guerras en que se vieron comprometidos los Estados Unidos las que propiciaron esta posibilidad. Los migrantes mexicanos no sólo fueron a reemplazar a los efectivos humanos de aquel país trasladados a los campos bélicos, su participación en el frente, además, les permitió acceder a las garantías solicitadas.

El trabajo en la agricultura en los Estados Unidos, por lo general, se realiza a destajo. A mayor trabajo, más dinero: este estímulo convierte el trabajo mexicano en más productivo. Recordemos que California tiene en los Estados Unidos la mayor producción agrícola, que si fuera un país estaría entre los primeros lugares mundiales y que esa producción se logra mayoritariamente con mano de obra mexicana.

La migración forma parte de un ciclo de vida ya establecido que confiere a la población practicante una gran movilidad y, a la vez, una muy frágil estabilidad. La migración estacional, aquella en que el trabajador permanece en los Estados Unidos cada año durante el ciclo agrícola y regresa a su pueblo de origen en los meses de invierno, en los tres pueblos encuestados, no es la generalizada.

Lo más común es que durante su vida el migrante recorra varias estaciones del territorio, en las cuales encontrará apoyos familiares ya establecidos. Son los vínculos familiares los que mantienen la unidad de la población. No nada más porque significan lazos afectivos, sino porque son el fundamento económico de esta sociedad.

La familia campesina de la Ciénga provee lo necesario para que el migrante pueda trasladarse a la primera estación: le paga el transporte y el itacate, cuida de la mujer y de los ni-

ños mientras está ausente, cultiva su parcela, atiende a sus animales. Los parientes que lo reciben le dan hospedaje y alimentación, le consiguen trabajo, lo introducen al contexto en el que se tiene que mover.

El migrante, a su vez, tiene que retribuir: pagar la colegiatura de los hermanos, colaborar para el uniforme y los útiles escolares, ayudar con los gastos causados por enfermedades, llevar regalos, comprar muebles, construir o ampliar la casa, comprar un animal, un apero, una tierrita.

Un sinnúmero de compromisos mutuos vinculan a los individuos para que puedan aprovechar los recursos de este amplio territorio. La precariedad de estos recursos, sin embargo, aunada a la falta de control y de poder de decisión sobre ellos, condicionan la inestabilidad de la población. Los empleos son de poca duración, los cambios son frecuentes, tanto de rubro como de lugar.

Me aventuro a afirmar que se desarrolla una filosofía del trabajo que consiste en sacar el mayor provecho posible a cada chamba sabiendo que ésta, de por sí, no va a durar mucho: la aplicación de la fórmula del mínimo esfuerzo por el mayor provecho.

En ciertos aspectos la sociedad de la Ciénega de Chapala se muestra tolerante con las debilidades y las desviaciones de sus migrantes. Los que se enferman del cuerpo o de la mente en sus recorridos, que son muchos, son acogidos en el pueblo; se les encargan pequeños trabajos fáciles de realizar, se les mantiene precariamente con limosnas. Se tolera el alcoholismo, la drogadicción, el pandillerismo, la agresión verbal y física contra las mujeres y los niños. No se tolera, sin embargo, el rompimiento de los hilos que mantienen la red del parentesco y el incumplimiento de los compromisos contraídos dentro de ella.

La sociedad que practica esta forma de supervivencia tiene un carácter predatorio. No tiene la preocupación de retribuir al medio ambiente que le brinda sus recursos, ni en su lugar de origen ni en las estaciones de sus recorridos migratorios, lo necesario para garantizar la reproducción de los suyos y de sus semejantes. ¿Cómo podría, por ejemplo, un albañil del metro en la ciudad de México contribuir a que se sigan construyendo líneas y que sea él y su gente la que se va

a emplear en ello? La población de la Ciénaga de Chapala ha llegado a formar parte de un sistema productivo del que controla tan poco que ese poco, al explotarlo al máximo, va siendo cada vez menos. No obstante, como participante social con otras muchas poblaciones en situación semejante, pertenece a una mayoría nacional.

El lugar de origen se convierte en un centro ritual al que se regresa para festejar al santo patrono y otros aniversarios calendáricos como la pascua y la navidad —que mucho tienen que ver con el calendario oficial de vacaciones y días festivos—. Allí se refuerzan los lazos familiares y se establecen nuevos vínculos: la provisión de mujeres, el hermano menor que va a emprender su primer viaje al terminar la fiesta, etc.

A la fiesta corresponde un alto grado de violencia. Se llega para ostentar los logros obtenidos y las ventajas económicas que la migración ha proporcionado. Lo que no se logró allá con trabajo, acá se trata de imponer por la fuerza. Lo ganado se consume para impresionar con el gasto: se llega en el coche más grande, se paga al mejor conjunto, se invita a la copa y a la comida. Obviamente se involucra a la familia local y, cuando no alcanza, se tiran balazos. Los índices de criminalidad aumentan sensiblemente en las fechas del retorno de los migrantes: asesinatos de rivales, violaciones, robos, escándalos de todo tipo.

Es común que las mujeres queden embarazadas con la visita del marido. El ritual viene a reforzar la estructura familiar en la que la mujer es la subordinada. La autoridad masculina se hace patente a pesar de que en muchas ocasiones es la mujer la que mantiene económicamente a la unidad doméstica.

Las formas de organización más allá de la familia extensa comprenden relaciones derivadas de la convivencia en el pueblo de origen. La iglesia y el Estado están ausentes en la organización de la supervivencia de la población. En México la participación en agrupaciones extrafamiliares se realiza fundamentalmente en forma individual. En los Estados Unidos hay una mayor propensión a la participación colectiva en movimientos de tipo étnico o laboral, algunos con características antisociales y de rebeldía como el de los cholos.

Los rituales estacionales en el lugar de origen, a los que

acuden cientos y miles de cenaguenses avecindados definitiva o temporalmente en otro lugar, comprenden misas y celebraciones y ceremonias religiosas, pero la congregación misma de la gente sucede en ausencia de autoridades formales de la iglesia. Fuera de los caciquismos locales tampoco hay estructuras políticas en el control y la regulación del movimiento de la población.

La identidad de la gente se mantiene, entonces, a través de los vínculos de parentesco y sus símbolos adquieren relevancia en su distribución territorial. Por oposición a otros grupos sociales en los Estados Unidos, por ejemplo, crecen los símbolos de mexicanidad en la apreciación cultural, así la virgen de Guadalupe, la bandera, los héroes patrios, la música ranchera. Mayoritariamente se mantiene el catolicismo, que en las regiones de origen sigue estando muy arraigado, a pesar de que los protestantes adquieren adeptos por preocuparse más por la vida comunitaria de su feligresía. Significativamente en los Estados Unidos son contados los curas mexicanos, aún en los barrios donde se concentran mayoritariamente los católicos de este origen.

La religión católica se crea y recrea en la práctica cotidiana. Las mujeres, sobre todo, acuden a la Biblia para encontrar explicación a los sucesos y situaciones y para dar congruencia ideológica a la percepción del mundo que los rodea. La enseñanza se trasmite a los niños y se advierte continuamente a los adultos.

La identidad nacional sigue también caminos independientes a los designios oficiales. Si en el altar doméstico pueden convivir Porfirio Díaz y Benito Juárez, no es de extrañar que también se confundan algunas intenciones patrióticas cuando se tiene algún hijo muerto en Vietnam o en Corea.

Esta población, de la que forman parte los cenaguenses de Chapala, está conformando y determinando una nueva situación geopolítica de la frontera norte de Mesoamérica que, a la larga, puede derivar en cosas no esperadas. Esta población va a estar dispuesta a defender el territorio en el que ha creado ella sola el acceso a los recursos de sobrevivencia, sin importarle mucho su filiación nacional mientras se mantenga la frontera que la beneficia. Hasta ahora no ha desarrollado una organización centralizada propia, pero sabemos que

hay campamentos paramilitares donde se entrenan grupos que, muy probablemente, no van a combatir a favor de una independencia de México.

Finalmente: si la política del Estado mexicano frente a los recursos naturales y humanos del país ha sido primordialmente predatoria, la consecuencia ha sido la formación de estas poblaciones, también predatorias, que, a la corta o a la larga, van a imponer sus necesidades.